

ballo. La tristeza invade de nuevo, más dura, más cruel, su fatigado corazón. Observa a la multitud que pasa por la calle, como buscando entre los miles de transeúntes alguien que quiera escucharle. Pero la gente parece tener prisa y pasa sin fijarse en él.

Su tristeza a cada momento es más intensa. Enorme, infinita, si pudiera salir de su pecho inundaría el mundo entero.

Yona ve a un portero que se asoma a la puerta con un paquete y trata de entablar con él conversación.

—¿Qué hora es?—le pregunta, meliflúo.

—Van a dar las diez—contesta el otro—. Aléjese un poco: no debe usted permanecer delante de la puerta.

Yona avanza un poco, se encorva de nuevo y se sume en sus tristes pensamientos. Se ha convencido de que es inútil dirigirse a la gente.

Pasa otra hora. Se siente muy mal y decide retirarse. Se yergue, agita el látigo.

—No puedo más—murmura—. Hay que irse a acostar.

El caballo, como si hubiera entendido las palabras de su viejo amo, emprende un presuroso trote.

Una hora después Yona está en su casa, es decir, en una vasta y sucia habitación, donde, acostados en el suelo o en bancos, duermen docenas de cocheros. La atmósfera es pesada, irrespirable. Suenan ronquidos.

Yona se arrepiente de haber vuelto tan pronto. Además, no ha ganado casi nada. Quizá por eso—piensa—se siente tan desgraciado.

En un rincón, un joven cochero se incorpora. Se rasca el seno y la cabeza y busca algo con la mirada.

—¿Quieres beber?—le pregunta Yona.

—Sí.

—Aquí tienes agua... He perdido a mi hijo... ¿Lo sabías?... La semana pasada, en el hospital... ¡Qué desgracia!

Pero sus palabras no han producido efecto alguno. El cochero no le ha hecho caso, se ha vuelto a acostar, se ha tapado la cabeza con la colcha y momentos después se le oye roncar.

Yona exhala un suspiro. Experimenta una necesidad imperiosa, irresistible, de hablar de su desgracia. Casi ha transcurrido una semana desde la muerte de su hijo; pero no ha tenido aún ocasión de hablar de ella con una persona de corazón. Quisiera hablar de ella largamente, contarla con todos sus detalles. Necesita referir cómo enfermó su hijo, lo que ha sufrido, las palabras que ha pronunciado al morir. Quisiera también referir cómo ha sido el entierro... Su difunto hijo ha dejado en la aldea una niña, de la que también quisiera hablar.

¡Tiene tantas cosas que contar! ¡Qué no daría él por encontrar alguien que se prestase a escucharle, sacudiendo compasivamente la cabeza, suspirando, compadeciéndole! Lo mejor sería contárselo todo a cualquier mujer de su aldea; a las mujeres, aunque sean tontas, les gusta eso, y basta decirles dos palabras para que viertan torrentes de lágrimas.

Yona decide ir a ver a su caballo. Se viste y sale a la cuadra.

El caballo, inmóvil, come heno.

—¿Comes?—le dice Yona, dándole palmaditas en el lomo—. ¿Qué se le va a hacer, muchacho? Como no hemos ganado para comprar avena hay que contentarse con heno... Soy ya demasiado viejo para ganar mucho...

A decir verdad, yo no debía ya trabajar; mi hijo me hubiera reemplazado. Era un verdadero, un soberbio cochero; conocía su oficio como pocos. Desgraciadamente, ha muerto...

Tras una corta pausa, Yona continúa:

—Sí, amigo..., ha muerto... ¿Comprendes? Es como si tú tuvieras un hijo y se muriera... Naturalmente, sufrirías, ¿verdad?...

El caballo sigue comiendo heno, escucha a su viejo amo y exhala un aliento húmedo y cálido.

Yona, escuchado al cabo por un ser viviente, desahoga su corazón contándole todo.

(Colección Universal. Nos. 301 y 302. Traducción directa del ruso, por N. Tassin).

Opinión de Guillermo Valencia sobre candidaturas

Bogotá, 23 de mayo de 1921.—Guillermo Valencia.—Popayán. Almorzando con nuestro amigo «el Oso» en el «Regina» convinimos en que le hiciera yo esta pregunta telegráfica: ¿Qué opina usted sobre candidaturas presidenciales?

JUAN BORDA ALCALÁ.

Belalcázar, mayo 24 de 1921.—Borda Alcalá.—Bogotá. Mi opinión sobre candidaturas la pueden encontrar en Aulus Gellius, «De Cónsulibus Electionibus», Cap. XXXI, 69, 7.

GUILLERMO VALENCIA.

QUIÉN podrá tener en esta culta ciudad el famoso libro del historiador romano que nosotros llamamos en romance Aulo Gellio, me dije yo para mi capote? La biblioteca de don Miguel Antonio Caro es cosa vedada a los curiosos. Mi amigo el doctor Perera es ido. Carlos José no supo a quien dejaba sus ricos y raros pergaminos. Argáez no tiene sino taburetes viejos. No conoce un libro antiguo. ¿A dónde concurrir en este dificultoso trance?

Pensando en estas cosas, salí de mi casa por toda la carrera 7ª meditando y cabizbajo, cuando de pronto al llegar a «La Nación», golpeé la tierra con el pie derecho y mascullé estas palabras: «¡Aguárdese, caracho!» Subí al carro del tranvía azul, que pasaba —con el azul tranvía bajo el ala— a la Biblioteca Nacional.

Entré al salón principal, en donde había considerable número de lectores, devorando los periódicos de la mañana. Con rápido andar, como acostumbro, atravesé la inmensa sala, hasta tropezar con la simpática figura de Dieguito.

Con voz clara y sonrisa amable le dije: —Aulus Gellius, estante 463-322.

Dieguito escribió en un papel el título del libro que yo necesitaba y lo pasó a uno de sus ayudantes. A los cinco minutos tenía yo en mis manos la obra de Aulo Gellio, pergamino en latín. Siguiendo la indicación del maestro Valencia, abrí por donde Dios manda, y comencé a leer aquella interesante y oportuna página de la historia de Roma. Al terminar, lancé una carcajada estrepitosa que llamó la atención a los concurrentes, algunos de los cuales se me acercaron por ver lo que allí estaba pasando.

—Nada—les dije. Estos autores latinos me divierten y me hacen reír, como observan ustedes.

Mis manos temblorosas (e insomnes, ¿no es así Villeguitas?) no podían copiar en buena letra aquella graciosa y socarrona página, y resolví rogar a algún sujeto de los allí leyentes, que me dispensase ese favor. Tendí la vista, y en uno de los rincones alcancé a divisar a mi primo Leopoldo Borda y me fuí a él como una bala. Absorto

SOTILLO Un nombre de garantía

::: al pie de su trabajo fotográfico :::